

LA HORA CREPUSCULAR

(Del "Romance de mi solar y de mi gente".)

*Como una gran pesadumbre
la sombra se está asentando
en la comarca. Los cerros
son mudos monjes paganos.
En la línea azul-oscura
del horizonte, los tardos
bueyes regresan del surco
por los caminos cansados.
Véspero llena el recinto
de la penumbra. Del hato
llega el mugir de los toros
en alas del viento pávido.
Los montes suman la paz
del mundo! Están apagando
sus plumas las golondrinas
en los aleros callados.
En el cancel de la noche
abre un lucero los párpados.
Las liturgias de la tierra
ascienden con ritmo grávido,
y al alma llega la voz
de los rumores arcanos!*

GILBERTO GARRIDO

EL POETA MISTICO

Por un milagro de la gracia poética, inefable en su misteriosa maravilla, la obra de Gilberto Garrido, llevado y traído, como Isaacs, por menesteres cervantinos, y mezclado, desde el temprano comenzar, a lo largo de las mejores horas de su vida, a la algazara lugareña, instintivo en el ademán, gárrulo en la polémica, duro y áspero justador vaciado en los arquetipos del trópico, pone ante nuestros ojos una llama de immaculado resplandor, originada en combustibles impolutos, a cuya impenetrable cautividad no han alcanzado acceso las mareas que el poeta desbrava a la puerta de bronce y oro del castillo donde, coronada de luces místicas y alimentada por la sinfonía estelar, su alma se hunde, solitaria, en los arcanos infinitos. ¿Cómo, en la cúpula de esta torre que no sólo recibe sino que, también, descarga el rayo, puede abismarse una tan inmarcesible serenidad, una tan limpia y suave lumbre, un reino de amor y dolor tan admirablemente defendido de todas las perversiones aledañas?...

En Garrido hay una época de excepción: la de sus primeros años, cuando el poeta no había encontrado el camino de su soledad, y su voz,

ablandada por los almíbares del madrigal y enloquecida por los venenos de la sátira y el juego de luces del epigrama, anda en juglerías de tinglado menor, acompañada por una musiquilla cascabeleante, debajo o encima de la cual, nadie, ni el poeta mismo, hubiera podido adivinar los elementos primarios de esa armonía cósmica, insondable voz desnuda y ardiente como la llama de las constelaciones, en que ahora nos trae el mensaje de su espíritu, orientado definitivamente hacia regiones "estremecidas por las alas de los ángeles"... Su alma surtió una fuente lustral y su poesía, la única suya, afloró después lavada en aguas misteriosas, cuya virtud de insondables eficacias y poderes limpió de todo limo la materia sagrada, hasta entregarnos la criatura lírica en su pureza primordial...

La voz de nuestro poeta no podía tener una pureza inicial. Más aún: careció de ella en grado sumo. La decantación ha ido efectuándose lentamente y sólo ha logrado la plenitud que ahora ostenta cuando los años del hombre recogen ya en su copa la claridad del crepúsculo incipiente. Nacido bajo el signo de la predestinación lírica, a la cual ha sido fiel con una servidumbre sin eclipses, y tocado por la vara recóndita que enciende en las almas la hoguera de la angustia inclemente de la belleza, fue el suyo un albor doblemente doloroso, por el dolor mismo que consigo traía y por la desorientación que lo envolvía en nieblas para cuyo apartamiento y disipación fuéronle precisas muchas experiencias, innúmeros tanteos, viajes equivocados de los cuales ya hizo, para su gloria, el regreso definitivo...

Un día el poeta ve descorrerse ante sus ojos el horizonte perseguido. Recoge su corazón y encuentra en él el agua de Dios, incorpórea como las linfas adelgazadas en las venas de la tierra. Es el momento purísimo del milagro. Todo cabe ya en ese cuenco insondable, en que el alma y el universo se absorben en una profunda armonía pacificadora. Bástale a la tierra este espejo fundido en su propia entraña, porque en él se hace síntesis de sí misma y del cosmos, y al hombre este pozo de luz, porque él también concentra en los seres los abismos del divino presente su clave y la clave antes dispersa de los seres y de las cosas.

Como esos rumores de torrentes que nos aturden casi en algunos trayectos de los caminos montañosos y que, de repente, por un fenómeno acústico, dejamos de oír en el punto en que el sendero hace un recodo, el poeta sintió apagarse las voces que enloquecían y disgregaban su ansiedad, y advirtió que se quedaba solo con su soledad y su silencio: soledad en que no alienta ya sino su alma; silencio en que no se yergue ya sino la voz seca, primordial, que cifra y descifra el misterio de su espíritu en la comunión con Dios y con los hombres. Tras largo divagar en una intrascendente romería por las aguas sin fondo del sentimiento... hállase circuido por un piélago en cuyo círculo insondable todo principia y todo acaba y en el que las velas se llenan de un viento luminoso y eterno, que es al par angustia y sosiego, aflicción y deleite, ascenso y quietud. El poeta ha llegado al trance místico en que, todavía las plantas en el tiempo, siente descansar ya su anhelo en un arrobo metafísico de eternidad. Nos ha dicho el deslumbramiento sufrido en esta curva de su parábola, en un poema quemado por la llama de las hogueras bíblicas:

"La paz de las esferas ha inundado mi espíritu.
¡Claridad! ¡Claridad! ¡La mirada de Dios!"

Mario Carvaja